

# REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 20 DE FEBRERO DE 1922

Nº 26

## EL RESPETO DE LOS HOMBRES Y EL RESPETO DE LAS IDEAS

POR FRANCISCO ANTONIO ENCINA

**E**L 29 de junio de 1846, Sir Roberto Peel, vejado, escarnecido por las invectivas del que más tarde debía ser Lord Beaconsfield, a la sazón el novelista judío Benjamín Disraeli, y abandonado por los suyos, salía cabizbajo de la Cámara de los Comunes a depositar en manos de la Reina la renuncia del cargo desde el cual tanto había contribuido a la grandeza de Inglaterra.

A pesar de la justicia de su causa, el gran estadista, cuyas fuerzas se habían consumido prematuramente en el servicio de su patria, obligado por las circunstancias a un violento cambio de frente, no pudo sostenerse delante de un político que lo excedía en dotes oratorias y que se encontraba en todo el apogeo de la edad y del talento. Silenciosa, descubierta, en íntima comunión de respeto, marchaba a su lado una enorme muchedumbre. Eran los comunes y los asistentes al debate, que después de saludar en el todavía oscuro novelista judío, al futuro conductor del pueblo inglés, engrosados por los que encontraron al paso, rendían al gran Ministro el postrer tributo de su veneración.

El estadista se desplomaba en su carrera política, pero caía sobre la almohada de finísima plumilla que el pueblo inglés se apresuró a tenderle, como homenaje a su talento, a su rectitud, a su nobleza de alma y a sus servicios.

Este recuerdo de mis lecturas ya lejanas, sobre la historia política de Inglaterra, acude por contraste, a mi memoria, cada vez que entre nosotros se discute el prestigio de los hombres. El estadista chileno tiene, también, su apoteosis; pero es una apoteosis póstuma. En el cerebro del chileno no hay espacio para que quepan juntos el valor de los estadistas que fueron y de los que son.

Mientras conserva su vigor físico e intelectual, es decir mientras puede ser útil a su patria, el hombre de Estado es entre nosotros una especie de fiera dañina o peligrosa, a la cual hay que acosar. Contra él todas las

armas son buenas. Se le discute el talento y la sagacidad; y a aquel que no es posible reducir al nivel común, porque lo rebalsa y revienta, se le niega el equilibrio o se duda de su honradez. Se anotan con prolijidad benedictina sus defectos y hasta sus manías más inofensivas y se arroja un espeso manto sobre sus grandes cualidades. Desde las pequeñeces que mortifican hasta las calumnias que infaman, son buenas armas, siempre que su blanco sea un hombre público. Diríase que el común de la gente toma la denominación en su sentido literal. A un diputado que había escarnecido con excesiva dureza a un colega, el presidente le dijo en privado y en son de reproche amistoso: «Compañero, se le pasó la mano. Sus latigazos estaban buenos para dárselos a un Ministro pero no a un colega». Hubo quien para creer en la honradez de Pinto necesitó cerciorarse de que, al dejar la Presidencia de la República, tuvo que

aceptar el puesto de traductor en «El Ferrocarril», que don Juan Pablo Urzúa inventó para hacerle aceptar en forma decorosa un auxilio que le ayudara a sostenerse.

Cuando la muerte los arrebatara al escenario político o la senectud los incapacitara, empieza la apoteosis. Pero no es una apoteosis hija del respeto y de la gratitud. No es la veneración que todo pueblo debe a los hombres superiores que condujeron su destino y labraron su grandeza. Es una apoteosis surgida de la necesidad de empequeñecer a los hombres del presente. La irritación contra la superioridad actual, atempera la irritación contra la superioridad pretérita. El sello de su origen va impreso en la forma del elogio. Los estadistas del pasado... esos sí que eran hábiles, probos y competentes!

Pasa una generación, llevándose consigo los pocos hombres superiores que produjo; y al punto los empequeñecidos y vilipendiados de ayer, empiezan a ser engrandecidos y ensalzados. Les ha llegado el turno de servir de término de comparación para deprimir y escarnecer a los talentos de la generación que los reemplazó.

(Mercurio. Santiago de Chile).

## LA TRAICION EN GUATEMALA

POR JACINTO LÓPEZ

(Tomado de LA REFORMA SOCIAL. Edición de Enero, 1922).

**L**A traición acaba de repetir en Guatemala la historia contemporánea de México y Costa Rica. Un tal Orellana, General, por supuesto, desconocido hasta ahora, como en sus respectivos casos Huerta y Tinoco, fuera de las fronteras de su país, y famosos hoy, cual ellos, en los fastos del crimen en América, derribó por un golpe de cuartel, la noche del 5 de diciembre, el Gobierno Constitucional de Guatemala, el solo Gobierno genuinamente representativo que Guatemala ha tenido en toda su existencia de nación soberana e independiente. Este señor Orellana era el Jefe de Estado Mayor del Ejército, nombrado por el Presidente Constitucional de la República; y con las fuerzas nacionales confiadas a su honor y su lealtad

destruyó en una noche las instituciones de la República y restableció el reinado de la usurpación, la violencia y el crimen.

La traición de Huerta reabrió el período de las guerras civiles en México, fué la causa de una larga y desastrosa guerra intestina, la dictadura que fué su engendro se manchó con la sangre y la infamia de todos los delitos, promovió los más graves conflictos internacionales, sometió al país a las más grandes humillaciones, debilitó profundamente a México, dió tremendo ímpetu al peligro extranjero, y sus funestas consecuencias no han concluído todavía. De cuanto ha ocurrido en México desde el 20 de febrero de 1913 es responsable la traición de Huerta. Sin el monstruoso crimen de